

Ni estos prados verán estampa mia
De ramos de coral, fingiendo flores :
Ni yo la márgen desta fuente fria,
Que en vez de sus cristales y colores
Viviré las arenas mas oscuras,
En soledad de tus estrellas puras.

En tanto que estas cosas referia
El perdido soldado, ó Circe hermosa,
Retrataba mi libre fantasía
Del gigante la imágen portentosa :
Deseos tan ardientes me encendia,
Que apenas de Titan la amada esposa
Salió otra vez, y descansó mi gente,
Quando me fuerzan que buscarle intente.

Parto á la Isla con favor del viento,
Y sin amayna, vira, ni zaborda,
Con silencio, valor y atrevimiento
Mi nave con sus árboles aborda :
Entre laureles, que de ciento en ciento
Formaban una selva muda y sorda,
Me ofrece su espansoso frontispicio
Un natural rústico edificio.

Entónces yo, que siempre por lo astuto
De notables peligros me he librado,
Hago cargar un cuero del tributo
Al Dios de los racimos dedicado :
Era tan fuerte y parecido fruto
A Ismaro fértil en que fué criado,
Que derribara al hombre mas valiente
Con solo que le asiera de la frente.

Entremos poco á poco por la cueva,
De donde el fiero dueño ausente estaba,
Donde hallamos tambien por órden nueva
La hacienda de pastor en que trataba :
En tablas que con alta cuerda eleva,
De diez en diez los quesos que guardaba,
Con mas labores de texidas nubes
Que tienen los follages de los timbres.

Los vasos que corriendo estaban suero,
Los barreños labrados y los tarros,
Donde la leche se ordenó primero,
Las esteras, encellas y los jarros :
No se pudiera el aparato entero
Mudar con mulas en sopantes carros :
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre.
El que llamó pequeño mundo al hombre.

Tenia los corderos divididos,
Los tiernos cabritillos apartados,
Y en mas abrigo los recién nacidos,
Como de mas calor necesitados :
Mis compañeros ménos atrevidos,
Aunque en igual fortuna exercitados,
Me rogáron que luego me partiese,
Robándole de allí quanto pudiese.

Mas yo que tantas cosas visto habia,
No queriendo perder la mas famosa,
Hago que enciendan fuego, porque el día
Bañó el Ocaso de color de rosa :
Sentadas á cenar con osadía,

Estremeció la cueva tenebrosa
Con silvos el pastor, y habiendo entrado
En nosotros el miedo, entró el ganado.

Derriba un haz de mal partidos ramos
De la dura cerviz, y luego cierra
Con Peña tan inmensa, que temblamos,
Y se espantó pariéndola la tierra:
Hacia la oscuridad nos retiramos;
Pero él nos siente, y prevenido á guerra:
¿Quién sois, ladrones, dice, que fortuna
Os truxo aquí, si hay en mi daño alguna?

Griegos, respondo yo, gran Semideo,
Desde Troya perdidos y arrojados
Por alta mar, que Agamenon Atreo
A su venganza nos llevó soldados.
Ver vuestra nave, respondió, desseo,
Y los despojos de que vais honrados,
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!
La que lienzo vistió, nácares viste.

Que por haber á Troya destruido
Sinon con el caballo Durateo,
Arrastrado al gran Hector, y teñido
A Andrómaca de humor sangriento y feo;
Los Dioses, Polifemo, han permitido,
Que al pie del Siciliano Lilibeo
Se rompiese la nave, y sus riberas
Sepultasen de Troya las vanderas.

Mas tú temiendo á Júpiter, que ampara
Los huéspedes, y dió muerte á Diomedes,

Honra de algun presente á quien tu cara
Merece ver, porque en su gracia queda.
El dixo entónçes: ignorante, para,
Para y estima, que mirarme puedes:
Yo no temo los Dioses, que á ninguno
Respeto debe el hijo de Neptuno.

Diciendo así frenético arrebatá
Dos tristes compañeros, y de fuerte
El golpe con la tierra los maltrata,
Que nuestras caras salpicó su muerte:
Con ellos el estómago dilata,
Cruxe el hueso mas sólido y mas fuerte,
Y hartándose de leche, no pequeño
Lugar ocupa, y se remite al sueño.

Yo entónçes que le ví sacar del pecho
El ayre en los pulmones detenido,
Saqué la espada en lágrimas deshecho,
Mas fui de Oróntes Delfico advertido:
Pues era hacer sepulcro mas estrecho
Matarle entónçes, ó dexarle herido,
Teniendo un esquadron fuerza pequeña
Para poder aligerar la Peña.

Pasó la oscura noche, detenida
En este miedo mas que en su tardanza,
Quando el aurora entró de luz vestida;
Mas no vino con ella la esperanza:
Que levantado el bárbaro homicida
Dió principio á su rústica labranza,
Ordenó sus ovejas, y vacías
Puso á las madres las balantas crias.

Luego otros dos soldados rinde al suelo
 Con tremendo estallido, y almorzando
 Voraz la carne, sale al claro cielo
 El ganado solícito guiando :
 Y de que no me huyese con recelo
 El peñasco á la cueva acomodando ,
 Como si fuera fácil puerta en quicio ,
 Por verdes selvas prosiguió su oficio .

Yo triste la venganza imaginando
 Halléme cerca un gran baston de oliva ,
 De que una braza , ó poco mas cortando ,
 Hice una aguda punta en lo de arriba :
 Tostéle bien al fuego , y ocultando
 La muerte que esperaba executiva ,
 Hice eleccion de quatro compañeros ,
 Que me ayudasen á los golpes fieros .

El sol de su carrera desmayado
 Cayóse en el cristal del mar Tirreno ,
 Y el Héspero planeta levantado ,
 El ayre puro esclareció sereno ;
 Quando á la cueva entró con su ganado
 Las ubres llenas del herbage ameno :
 Cerró la puerta , y alargó la mano
 Al Tracio Floro , y al Arcadio Albano .

Yo entonces de aquel vino colmo un vaso ,
 Y le digo atrevido desta suerte :
 ¿ Qual hombre , ni de estancia , ni de paso
 Querrá venir desde su tierra á verte ?
 Los Dioses mueva tan horrendo caso ,

Como ofrecer á la violenta muerte
 Los inocentes huéspedes , y tomen
 Venganza de hombres que los hombres comen .

Mas como suele perro que otro mira ,
 Quando la presa entre los dientes tiene ,
 Que con envidia del ladra y suspira ,
 Crujiendo un hueso para mi se viene :
 Alzo la taza por templar su ira ,
 Y la color del vino le detiene
 Con el olor que al gusto le fué grato ,
 O ya fuese la vista , ó el olfato .

Bebió , y alzando la robusta frente
 Dió muestras del contento que sentia ,
 Y me pidió otra vez , que diligente
 Le di con humildad y cortesía :
 Y dixome : licor tan excelente
 Parece dulce néctar y ambrosia ;
 El vino de Sicilia , aunque es suave ,
 Es inferior , ó Griego , al de tu nave .

Un don te quiero dar por este gusto .
 Dime tu nombre , que por bien tan grande
 Te mataré el postrero , que es injusto
 Que á la razon el apetito mande .
 Yo dixé : Si es honor de un varon justo
 Que liberal con peregrinos ande ,
 Baucis y Filemon te dan exemplo ,
 Que de los Dioses huéspedes contemplo .

Mira con la piedad que les lavaron
 Los pies , y aquel panal sabroso diéron ,

Con que tanto á los Dioses obligáron,
Que sacerdotes de su templo fuéron :
Inmortales en árboles quedáron,
Que de la muerte el tránsito no víéron ;
Pero quien trata mal á un noble amigo,
Presto verá de su maldad castigo.

Esto decia yo, quando turbados
Los ojos, y la boca retorcida,
Al suelo dió los miembros dilatados,
La cabeza fantástica dormida :
Ninguno, dixé, soy, destes soldados
Ya Capitan en Troya destruida,
Ninguno me llamó mi padre en Grecia ;
Si no eres tú, ninguno me desprecia.

Ninguno, replicó, casi trabada
La lengua, ¡ que placer ! que bien me has hecho !
Mucho, ó Ninguno, este licor me agrada,
En mi vida me ví tan satisfecho.
Aquí perdió la voz, aquí turbada
Volvia el ayre ambiente al ronco pecho :
Y así quando otra vez le despedia,
El vino por la barba difundia.

Entónçes pues el leño al mismo fuego,
Porque se calentase, y avisando
Mis quatro compañeros, parto luego,
Si te digo verdad, todos temblando :
Las túnicas le paso, y dexo ciego,
A la dura membrana penetrando,

Que

Que toma su principio del cerebro,
Y los nervios y músculos le quiebro.
Las manos echa al leño dando voces,
Y de los huesos con furor le saca,
Crece el rigor con ansias tan atroces,
Que le vimos morder la fiera estaca :
Acudiéron los Ciclopes feroces,
Porque en toda la noche no se aplaca :
Y todos á la puerta en que se juntan,
La causa de las voces le preguntan.

¿ Quien te ha herido ? le dicen, ¿ quien ha sido
La causa de tus voces, Polifemo,
Que por toda la mar no se ha sentido
Ligera vela, ni pintado remo ?
Ninguno me mató, Ninguno (herido
Responde á su querido *Tepolemo*)
Ninguno fué, porque ninguno hubiera,
Que mas astuto que Ninguno fuera.

Duerme, responden, si te hirió Ninguno,
Que ninguno pudiera hacerte ofensa :
Todos se parten, sin que entienda alguno
Que fui el Ninguno que el gigante piensa.
Con esto el hijo del feroz Neptuno
De la puerta quitó la peña inmensa,
Porque atentando las paredes iba,
Y á un lado de la cueva se derriba.

Sentóse en medio el ganado llama,
Porque atentando los que van saliendo,
Cogiese aquel Ninguno que desama,

Tomo II.

37

Los oídos y el tacto previniendo :
 Pensé yo el hecho entónces de mas fama
 Que han referido historias, eligiendo
 Los mayores carneros, y que hacian
 Escobas de la lana que vestian.

De tres en tres los ato, y pongo en medio
 Un compañero atado, de tal suerte
 Que no pueda atentarlos, y remedio
 El peligro forzoso de la muerte.
 ¿Quando se vió ciudad en duro asedio
 Con enemigo tan airado y fuerte ?
 Pues salir, ó morir era preciso,
 Antes que á los demas les diese aviso.

Coronada de flores la mañana
 Asomé por un monte la cabeza,
 Teñido el puro rostro en nieve y grana,
 Aunque esperada con igual tristeza :
 Salió el ganado, y en la crespá lana
 Las manos ocultaba su fiera,
 Exáminando á todos pelo á pelo,
 Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.

Yo que escogido un gran carnero habia,
 Y en su grandeza y lana vida espero,
 Que un toro de seis años parecia,
 Salir quise de todos el postrero :
 Asíóle y conocióle en que tenia
 El vellon y grandeza que resfero :
 Y llorando sin ojos, con prolixo
 Razonamiento estas palabras dixo :

Querido manso mio, que criado

Fuistes á blanca sal de vuestro dueño,
 ¿Como el postrero sois de mi ganado,
 Qual suele el que es mas débil y pequeño ?
 ¿Sentis por dicha el miserable estado,
 En que el Griego furor, rendido al sueño
 Puso quien os crio, y amaba tanto ?
 Troquemos mi razon á vuestro llanto.

Agua me falta, ya lo veis, pues vierto
 En vez de tiernas lágrimas un rio
 De humor sangriento, y que abrazar no acierto
 Vuestro cuerpo, que fué regalo mio :
 Paréceme que estais mas crespo y yerto,
 Y que al campo salis con ménos brio,
 La esquila y el collar os han quitado
 De piel de tigre y de metal dorado.

¡Que lozano os vi yo por esta puerta
 De mi ganado capitan famoso,
 El alba apénas cándida despierta,
 Barriendo flores por el valle umbroso !
 Ahora con el sol purpúreo abierta
 Desmayado salis y Perezoso :
 Que como no escuchais mi voz sonora,
 En la noche en que estoy, no veis aurora.

¿Quien primero que vos por las orillas
 Destos arroyos los dexó afeytados
 De blancas y doradas manzanillas
 Con el hocico y dientes afilados ?
 ¿Quien primero que vos las campanillas
 Roxas y azules de los verdes prados ?

¿ Quien los tomillos , retozando á saltos ,
Por los repechos de los montes altos ?

¿ Sentis el verme aquí morir rendido
Por la maldad de aquel traydor Ninguno ?
Ay ! si para mostrármele escondido

Hubiera en vos entendimiento alguno.
Quitóme con engaños el sentido,
Rindióse á Baco el hijo de Neptuno :
Eran contrarios , y se hicieron guerra ,
Bebí mi muerte , y abracé la tierra.

Dixo , y dexó salir el manso , y luego
Que yo me ví apartar , lo que bastaba ,
Del arrogante monstró , airado y ciego ,
Dexé el lugar , donde escondido estaba :
Con mis soldados á la nave llevo ,
Que escondida en las peñas me esperaba ,
Llevando por delante del ganado
Lo mas lucido , que embarqué forzado.

Lloráron mis soldados de alegría ,
Y luego por los muertos de tristeza ,
Que engendra en tanto mal la compañía
Mas tierno amor , mas ansia y mas firmeza.
Ya se esforzaba al sol dorando el dia ,
Y sacando del agua la cabeza ,
Quando vuelan los remos como plumas ,
Y del cerúleo mar surten espumas.

En viendo yo por alto mar la nave ,
Quanto bastó para escuchar mis voces ,
O Polifemo , digo : ó huesped grave ,

Mi voz escucha , si mi voz conoces :
Mira si castigar Júpiter sabe
Los pecados de bárbaros atroces ,
Pues por comer la noble gente amiga ,
Con tan horrible pena te castiga.

¿ Eras el que sus rayos no temias ?
¿ Eras el que arrogante blasonabas ?
¿ A un hombre como yo matar querias ,
Y de los altos Dioses blasfemabas ?
Mira si fuéron necias tus porfias ,
Mira con el poder que te burlabas ,
Que por hacerla en tu soberbia fiera ,
Te ha muerto con un rayo de madera.

Para Encéfalados fuertes y Tifontes
Toma Júpiter rayos de Vulcano ,
Para el fuerte valor de Oromedóntes
Toma la llama trífida en la mano :
Para tí , que eres fiera de estos montes ,
Rayo de oliva fué mostrarse humano :
De roble se le dieran las montañas ,
Tan duro como fuéron tus entrañas.

Oyendo aquesto , airado se levanta ,
Y con hórridas voces al mar viene ,
Los animales de la selva espanta ,
Y los arroyos líquidos detiene :
Pone en la playa la disforme planta ,
De una mina de mármoles previene
Un gran peñasco , y tan feroz le arroja ,
Que la cara del sol retira y moja.

Tan cerca dió la peña de la nave,
 Que creciendo las aguas, vino á tierra,
 Las ondas abre, y con el peso grave
 En las arenas fáciles se entierra.
 Turbado pido un remo: el cielo sabe,
 Que en quanto la fortuna me destierra,
 Peligro no temí, como el que digo:
 En fin la aparto, y en hablar prosigo.

Detienenme mis fuertes compañeros,
 Mas no aprovecha el ruego á la venganza,
 Vuelvo á decir: Si alguno de los fieros
 Ciclopes ántes de morir te alcanza;
 O por ventura llegan estrangeros
 Por fortuna de mar, ó por bonanza,
 Y quisieren saber, quien fué el valiente,
 Cuyo valor te penetró la frente,

Ulises soy, aquel varon famoso,
 El Hijo de Laertes y Anticlea,
 De Itaca señor, y dulce esposo
 De Penélope, casta Semidea:
 En las Troyanas guerras animoso
 Coronado me vió la luz Febea
 Dos lustros por hazañas inauditas,
 Que en la inmortalidad quedan escritas.

Tan eloqüente soy, y tan sutiles
 Mis argumentos dulces y razones,
 Que de estas armas del divino Aquiles
 Me adorno entre magnáimos varones:
 No he castigado tus hazañas viles

Con armados y fuertes esquadrones,
 Con sola industria fué: que tu fiereza
 Excede la comun naturaleza.

¡Ay triste! con la voz trémula dixo,
 Que esta desdicha muchos años ántes
 Tepolemo mi amigo me predixo:
 ¿Mas quien pensara engaños semejantes?
 Alguna Parca airada me maldixo,
 Por humillar mis fuerzas arrogantes,
 Pues ese Ulises no pensé que fuera
 Hombre tan vil, ni que á traicion viniera.

¿Quien pensara que fuera tu estatura
 Tan desigual, y que por tal camino
 Me vieras á dar muerte tan dura
 Vencido de la fuerza de aquel vino?
 Morir á manos yo fuera ventura
 De un hombre fuerte de mi muerte dino,
 Que no viniera de traiciones lleno
 Con aquel aromático veneno.

Mas vuelve Ulises, vuelve, amigo,
 Tu industria alabo y tu valor venero,
 Nueva amistad y paz haré contigo,
 Darte por huésped un presente quiero:
 No pienso yo, que hicieras tú conmigo
 Esta crueldad, si habláramos primero:
 Que la vida tambien de quien ha ofende
 Por natural derecho se defiende

Mi padre el gran Neptuno tiene imperio
 En todo el mar, que vienes navegando,

Desde que Menelao el adulterio
 Vengó de París, su ciudad postrando :
 Para que salgas del distrito Hesperio ,
 Y te pueda llevar céfiro blando
 A Grecia libre y á tus dulces Griegos ,
 Le venceré con amorosos ruegos.

Admírame, respondo, tu ignorancia,
 Fiero devorador de humana gente,
 Que ya no son engaños de importancia,
 Por mas que tu grosero ingenio intente :
 Aquí pienso que estoy breve distancia
 De tu furor y espíritu impaciente :
 Quisiera haberte muerto, y que tu grave
 Cabeza fuera lastre de mi nave.

Desatinado entónces, dixo, alzando
 Las manos : O Neptuno, ó padre mio,
 O gran muro del mundo, que cercando
 Siempre le estás con tu elemento frio,
 Si soy tu sangre, y si te acuerdas, quando
 (Que suele amor pasar de Lete el rio)
 La amabas tiernamente, oye mi ruego
 Por el incendio de tu dulce fuego.

No llegue, si es posible, á salvamento
 Este Griego traydor, ni goce y vea
 A su casta Penélope, y el viento
 Contrario siempre á sus intentos sea.
 Luego arrancó de su nativo asiento,
 Ayudando á la fuerza gigantea.

La ira, un gran peñasco, y con furioso
 Golpe rompió otra vez el mar undoso.

Nosotros casi muertos, y de espuma
 Y agua las xarcias, que bañó, cubiertas,
 La nave hicimos con los remos pluma,
 Y escribimos al mar letras inciertas :
 Temiendo la cruel frígida bruma,
 A donde son las tempestades ciertas,
 Porque si al Capricornio el sol llegaba,
 El solsticio vernal amenazaba.

Dimos priesa á los remos, y llegamos
 A la Isla del Rey Eolo Hippota,
 Donde los vientos en prision ballamos,
 Que quando quiere, esparce y alborota :
 Allí todas las xarcias renovamos
 De la menor filáciga á la escota :
 Tal nos dexó la nave Polifemo
 De la popa al baupres, del lienzo al remo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTREY, MEXICO

CANTO III.

*Pide Ulises á Circe licencia : parte á la Isla
Cimmeria : baxa al infierno con Pala-
médés, donde Tiresias le cuenta lo que le
ha de suceder hasta que llegue á su casa.*

Y A llamaba el Aurora en los cristales
Del palacio de Circe, y los herian
Los rayos de su padre transversales,
Con cuya nueva luz resplandecian :
Quando acabó sus lástimas fatales,
Que los ojos á lágrimas movian,
Sin que pudiese hallar lugar el sueño,
Con ser de quanto vive entónces dueño.

Así nos mueve á admiracion y espanto
Un casa extraño y triste la memoria,
Así provoca á compasion y llanto
Una nueva y cruel trágica historia :
Lasciva Circe presumió entre tanto
Tan larga pena reducir á gloria,
Del Capitan prudente enamorada,
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.

Miraba su persona honesta y grave,
De su cuerpo la ilustre compostura,
La dulce lengua y el mirar suave,
Del ánimo interior firme hermosura :
La valentia de dexar su nave

Entre escollos del mar á la ventura,
La industria de vencer peligros tales,
Tal vez contra las iras celestiales.

Era Ulises un hombre bien formado,
De cuerpo no muy alto, aunque fornido
De músculos y nervios relevado,
Copioso de cabello y esparcido :
Moreno de color algo tostado,
Pero no le salió del patrio nido,
Que en los trabajos no hay color segura,
Que harán mudanza en una piedra dura.

Los ojos eran negros, y las cejas
Gruesas y en arco, largas las pestañas,
La voz sonora y grave, dulce en quejas,
Que moviera las ásperas montañas :
La lengua y las entrañas tan parejas,
Que en la lengua se vieran las entrañas ;
Pero tambien astuto en ocasiones,
Que no es defecto en inclitos varones.

Sufrido en los trabajos y fortunas,
Eloquente, sagaz, determinado,
Y tan dichoso y próspero en algunas,
Como en ponerse en ellas desdichado :
Corrido habian ya dos nuevas lunas
Su rápido, veloz curso, argentado,
Y él firme honestamente defendia
La lealtad, que á Penélope debia.

Circe solicitaba el mal nacido
Fuego de su lascivo pensamiento,

Diligencias que hubieran divertido
 El mas firme de amor conocimiento :
 Mas puestas á la vista y al oido
 Contra el combate de su loco intento
 Las guardas del respeto y del recato ,
 Ni ella fué victoriosa , ni él ingrato .

Amaba Circe á Ulises , no tenia
 Correspondencia amor , faltaba Anthéros ,
 Sin quien poco se aumenta , aunque se cria ,
 Sin pasar de los términos primeros :
 ¡ Con quanta diferencia sucedia
 En sus ya descansados compañeros !
 Todos amaron , y por varios modos
 Sugeto de su amor hallaron todos .

Amó á Dórica Antimachó , mancebo
 En el extremo de su edad florida ,
 Quando se snele ver con poco cebo
 A todo amor la voluntad rendida :
 A Casandra bellisima Corebo ,
 Natural de Micenas , y á Deifrida
 El valiente Filemo , hijo de Antandro ,
 A Lisis Timo , á Nisida Alexandro .

Los verdes ojos de Neofle hermosa
 Enlazaron el alma de Toante ,
 Capitan de la nave mas famosa ,
 Que vió el tridente en todo el mar de Atlante :
 Rindió toda su fuerza belicosa
 A la bella Antiflor Polidamante :

Que

Que donde estaba Circe ; Ulises solo
 Se pudiera librar de polo á polo .

Dilataba las hebras del cabello ,
 Que fué del sol envidia y competencia ,
 Por el marfil del mas hermoso cuello ,
 Que tuvo con la nieve diferencia ,
 Phílida al viento : cuyo rostro bello
 Pudiera mas con ménos diligencia ,
 Y fuéron dulces y amorosas redes
 Del Achates de Ulises , Palamedes .

Aunque con poca edad , con alto ingenio,
 Y no ménos donayre y hermosura ,
 Rindió la hermosa Andrómeda á Partenio ,
 Mozo de honesta , y grave compostura :
 Y aunque en edad mayor , Lisandro Armenio
 A la suave voz , á la dulzura ,
 A la belleza de Amarilis bella ,
 Sirena de aquel mar , del cielo estrella .

A los campos Eliseos parecian
 Los palacios de Circe semejantes ,
 De dos en dos la soledad vivian ,
 Que dió la antigüedad á los amantes :
 Ya por las fuentes , que cristal corrian ,
 Penetrando los montes circunstantes ,
 Ya ribera del mar , donde la nave
 Ni teme el viento , ni del dueño sabe .

Solos Circe y Ulises monte y prado
 Habitaban con gusto diferente ;
 Ella le sigue triste , él huye airado ,

Tomo II.

38

Ella zelosa llora , él muere ausente :
Ella siente el desprecio , y él turbado
La desengaña astuto y eloqüente ;
Mas que no bastan las palabras creo ,
Remitido á las obras el deseo.

Salía Circe al mar tan cuidadosa ,
Que cerca de las aguas parecia ,
Tocándole la espuma hülluciosa ,
Vénus , que de ellas cándida nacia :
Como se suele abrir pimpollo en rosa ,
Primera risa del luciente dia ,
Quando en las hojas con cristales bebe :
Así mezclaba el nárar en la nieve.

Tal vez en una barca defendida
Del rayo de su padre , que baxaba
Mas presto al mar por verla , y guarnecida
De tapetes , que el agua codiciaba :
Los desdenes de Ulises atrevida
Con lascivo mirar solicitaba ,
Por ver si hallaba su amorosa guerra
Mas dicha por el agua , que en la tierra.

Severo el Griego á Circe entretenia ,
Tan cortés y galan , como discreto ,
¡ Ay del amor pagado en cortesía !
Que no quiere el amor tanto respeto :
Los infernales dioses maldecia
Desesperada Circe , en lo secreto
Del alma ; viendo su poder burlado
De un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez , última prueba ,
Quedaban de sus damas divididos ,
Nunca de Encás codició la cueva ,
Ni á Vénus le pidió rayos fingidos :
Resistencia al amor única y nueva ,
Que enfrenar la virtud á los sentidos
En tan dulce pasión , es un exemplo
Digno de eterno bronce , fama y templo.

No quedó yerba ni conjuero alguno ,
Que los fieros espíritus llamase ,
Ni cerco sobre el campo de Neptuno ,
O que la luna en él retrogradase ;
Que con apremio fiero y importuno
No hiciese , no buscase , no intentase :
Y así decia al mar , al monte , al viento ,
Vencida deste loco pensamiento.

Dulce pasión de amor , dulce homicida
De un tierno corazón , ¿ por que me matas ?
Si á quien me obligas que remedio pida ,
Aun las palabras ha tenido ingratas ?
Si no puedes con yerbas ser vencida ,
¿ Para que por las venas te dilatas ?
Que para tan helada resistencia
Ni bastan la hermosura , ni la ciencia.

¿ Que peregrino hubiera regalado
Muger como yo soy , que ingrato fuera
Llegando con su nave destrozado
Sin velas al favor de mi ribera ?
¿ Soy Lotofago , ó Lestrigon airado ?

¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
 Como el hijo del mar, sus compañeros?
 ¿Fui alguno yo de los Troyanos fieros?
 ¿Maté á Protesilao? ¿Quité la vida
 Como Hector á Patroclo generoso?
 ¿O como París, que habitaba en Ida,
 Quité el honor á Menelao famoso?
 ¿Fui como Elena incasta y fementida
 Al lecho conyugal del noble esposo?
 ¿Soy Clitemnestra yo? ¿Quando me han visto
 Matando á Agamenon, y amando á Egisto?

Era ya la sazón, en que se via
 El arco Austral de la corona hermoso,
 Que con sus quatro estrellas difundia
 Los rayos de su imperio luminoso:
 Quando Filemo Acayo, que tenia
 Zelos de Palamedes belicoso,
 Por no atreverse á desnudar la espada,
 A Ulises dixo con la lengua airada.

¿Hasta quando presumes, fuerte Griego,
 De la patria vivir tan olvidado?
 Años ha ya desde el Troyano fuego,
 Que vives por los mares desterrado.
 ¿Es posible que tienes por sosiego
 Tan triste, injusto y miserable estado,
 Vencido de una hermosa encantadora,
 Que te lleva á la muerte de hora en hora?

Conozco tu virtud y resistencia,
 Pero no lo dirá despues la fama,

Que la conformidad y la asistencia,
 Aunque sin obras, la opinion disfama.
 ¿Que puede prometer tan larga ausencia
 De tu querida esposa, que te llama?
 Mira que la memoria con los años
 Se rinde fácilmente á los engaños.

No digo yo que no eres tú dichoso
 Entre quantos ausentes no lo han sido;
 Mas para la inquietud de ser zeloso
 Basta el temor, sino es agravio olvido:
 Repara en que Telémaco amoroso
 Apenas puede haberte conocido:
 Déxale, Ulises, que te llame padre,
 Como esposo Penélope, su madre.

El peligro tambien, si alguno intenta
 Decir, que ya eres muerto, con engaño,
 Y la fama del mal, que siempre aumenta
 Las nuevas, que han de ser para mas daño,
 Quando no surta en deshonor y afrenta,
 Alegando la fama al desengaño,
 Podrá casarse, y ocupar tu cama
 Varon de mas presencia, y ménos fama.

¿Que quieres de nosotros desdichados,
 Por tanta tierra y tanto mar perdidos?
 Ya muertos de Antifates anegados,
 Ya de un gigante bárbaro comidos:
 No todos hallaremos bien casados
 Los lechos despreciados defendidos,

Quando dichoso tú la patria pises :
No son todas Penélopes, Ulises.

Vuelve á la patria, y dexa el ocio infame
De esta hechicera vil y sus conjuros,
Aunque presa de amor provoque y llame
Contra tí los espíritus impuros :
No quieras que otro hibierno airado brame
El cierzo aquilonal entre sus muros,
Que bien podrás vencer con tu prudencia
Su amor, si no es fatal su resistencia.

Ulises conociendo que Filemo
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba
Que eran zelos de Lísis, que en extremo
Desde el instante que la vió, la amaba ;
De Antífates cruel y Polifemo
El peügro menor imaginaba,
Que estar de Circe en la prision cautivo
Muerto á la fama, y á la infamia vivo.

Entró luego en la quadra, en que dormia,
Que no la resistieron las criadas,
Que aunque era novedad, no era osadia,
Así todas estaban enseñadas.
Abrió los ojos Circe, tuvo el día
Mas sol, mas oro, y viéronse adornadas
Las cortinas de luz resplandeciente,
Como al nacer del sol el roxo Oriente.

Circe tenia en el marfil un velo
Transparente y sutil, que descubria
Nieve animada, como muestra el suelo.

Con arena de plata fuente fría :
Tal suele puro arroyo á medio hielo,
Que por nevados mármoles corria :
Las anchas mangas descubrian los brazos,
Todo prision de amor, redes y lazos.

La garganta bellissima coronan
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran
De los que tanto de Cleopatra abonan
La hazaña, que otras plumas vituperan :
Los cabellos undigavos perdonan
(Como eran rizos, como soles eran)
El adorno al diamante, que distinta
Los prende junto al cuello breve cinta.

¿ Que quieres, dixo, dulce ingrato mio ?
¿ Por dicha tu desden mudó semblante ?
¿ Rindióse ya tu desdeñoso brio ?
¿ Labró mi sangre tu feroz diamante ?
Si ya cesó el rigor de tu desvío,
No desconfie despreciado amante :
Pues yo te tengo, quando tal estuve,
Que ni aun señales de esperanza tuve.

Diciendo así, los blancos brazos luego
Extiende al cuello de su amado ingrato ;
Mas detenidos, suspendióse al ruego
De Ulises, retirada á mas recato.
No vengo, dixo, de amoroso fuego
Vencido, ó Circe, ni por largo trato,
Ni por obligacion á tu hermosura,
Donde no hubiera libertad segura.

Yo te amo con aquel conocimiento,
 Que debo á tu belleza soberana,
 Y á tu divino y claro entendimiento,
 Indigno de admitir pasión humana.
 Eres hija del sol, que vive esento
 De toda mancha y opresion tirana:
 En tí sus limpios rayos acrisola,
 Que por hija del sol te llaman sola.

Piedad me trae de mis tristes Griegos,
 Que lloran por la patria desterrados,
 Desde que víeron en los Teucros fuegos
 De Troya los Penates abrasados:
 Pidiéronme con lágrimas y ruegos,
 De sus hijos y esposas obligados,
 Que te pidiese esta licencia justa,
 Circe, si tu Deidad no se disgusta.

Ya sabes mis trabajos, ya mis penas,
 Ya mis destierros te conté, Señora,
 Por puertos de tan bárbaras arenas,
 Que á las peña el mar, ni el sol las dora:
 Quando rompió de Troya las almenas
 La máquina de Palas vencedora,
 Debiera yo morir: que aborrecida
 Es larga muerte dilatar la vida.

Quando en el vientre horrisono estuvimos
 Del preñado caballo cien soldados,
 Como suelen estar en los racimos
 Los granos ya maduros apretados:
 La fiera lanza de Laocoon sentimos,

Y sonando los árboles dorados
 Dió tan cerca de mí, que si pasara,
 La vida que desprecio, me quitara.

Faltárale sugeto á la fortuna
 Para lucir sin mí, si allí muriera,
 Yo descansara sin ofensa alguna,
 Y ella la fama, que le di, perdiera:
 Hallara yo de tantas muertes una,
 Que dulce fin á mis trabajos diera:
 Pues no hay rigor, Señora, mas airado,
 Que hacer vivir por fuerza un desdichado.

¿Que penas faltan ya para matarme?
 ¿Que agravios, que rigor para ofenderme?
 ¿Que enemigo ha dexado de probarme?
 ¿Que amigo se ha olvidado de venderme?
 Penélope cansada de aguardarme,
 Con esperanza de mis brazos duerme;
 Pero quando es tan larga la esperanza,
 Sucede á gran firmeza gran mudanza.

Sábeslo tú, diuina esposa mia,
 Sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.
 ¡O quien pudiera aquel tan dulce dia
 Llevarte para hablar en mi defensa!
 Que si tu gran valor no me desvia
 Desta firmeza y voluntad iumensa,
 ¿Adonde hallara yo mejor testigo,
 Pues con tan casto amor viví contigo?

Si tu hermosura, Circe, si tus ojos
 Rayos de amor, gastando tantas flechas,

Solo tienen del alma los despojos,
 Donde tal vez sin cuerpo me sospechas;
 Si tus regalos ya, si tus enojos,
 Y obligacion de las mercedes hechas
 No han podido mudar mi pensamiento,
 Serán para Penélope argumento.

Permíteme que vea el hijo mio,
 De cuya ausencia nace mi tristeza,
 Que en tu piedad, sino en tu amor confío,
 Efecto que nació de la nobleza.
 Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,
 Lo que mejor pudiera tu belleza,
 ¿Pues que aguardas de mí, que ausente mnero,
 Y no te quiero, Circe, porque quiero?

O clara hija del mejor planeta,
 Da lugar á mi gente, que en la playa
 Aderece la nave, que sujeta
 Al fácil viento por las ondas vaya:
 En pocas horas quedará perfecta
 De blancas velas, y de remos de haya,
 Y saldrá con tus armas y tu nombre,
 Que espante el mar, y que la tierra asombre.

Mi partida es forzosa, que bien sabes,
 Que si pudiera yo, no me partiera;
 Trabajos, dicen, que me esperan graves,
 Quien te llega á perder ninguno espera.
 De Tenedos salí con siete naves,
 Y apenas una truxe á tu ribera;
 Si me dexas partir amante ingrato,
 No por lo ménos huésped de mal trato.

O cruel, le responde, (que el semblante
 Mudó con el enojo la hermosura)
 Astuto en ser traydor, no en ser amante,
 ¡Que bien has castigado mi locura!
 Alma tienes de indómito diamante,
 No forma substancial, materia dura:
 Pues mientras mas te labra mi paciencia,
 Ménos puede limar tu resistencia.

Ventura fué, que no me la hayas dado,
 Porque es diamante, y dírame veneno,
 Aunque en el pecho hubieras acabado
 Este amor inmortal de engaños lleno.
 Vete, y primero que Neptuno airado
 Muestre á tu nave su zafir sereno,
 En duro escollo se te rompa, y sea
 Donde, aunque muera yo, morir te vea.

Si amaron las Deidades, si pasiones
 De amor padece amor, si amor alcanza
 Donde no peregrinas impresiones,
 A todas ruego que me den venganza:
 Mira, cruel, que en ocasion me pones,
 Perdida de tus brazos la esperanza,
 De desear, por verme aborrecida,
 Estar sin alma, porque estes sin vida
 ¿Es posible, cruel, que no respondas
 A tanta fé, si quiera con engaño,
 Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas
 A mi abrasado amor despues de un año?
 Veniste aquí, desprecio de las ondas,

Propio traydor, y peregrino extraño,
Arrojado del agua, y en mi zelo
Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.

Truxiste el alma que esta deuda niega
Apénas en el pecho, que resuelves
A tal crueldad, y con tu gente Griega
Cargado de almas á tu patria vuelves.
¿Que estrella, que deidad, que amor te ciega,
Que tantos lazos de amistad disuelves?
¿De que contrariedad, de que aspereza
Nacióron tu crueldad y mi firmeza?

Esto decia Circe, y como hacia
Afectos de muger desesperada,
La nieve de los brazos descubria,
Artificiosamente descuidada:
El Griego, no mirando lo que via,
Entre las olas fluctuando nada,
Quien no se ha visto en tan confuso abismo
No sabe que es guardarse de sí mismo.

Decis (prosigue con mayor locura)
Si amais alguna vez, que os hechizamos;
Ahora el desengaño os asegura,
Pues veis que de vosotros lo quedamos:
El trato puede mas que la hermosura,
Con él quando le estais, os obligamos,
No á tí, que entre los hombres peregrino
Eres mortal con proceder divino.

Que ninguna muger servir se vea,
Que se queje de amor, ni indigno trato,

Y

Y que yo sola desdichada sea;
¿De que tienes el alma, Griego ingrato?
O padre, ó sol, ¿quien ha de haber que crea,
Que soy tu hija yo, ni tu retrato?
Pero si di veneno al Rey mi esposo,
Venganzas son del cielo riguroso.

Diciendo así, con miseros efetos
Dexó caer el rostro entre las manos
Del Griego Capitan, que los afectos
En la patria del alma siente humanos,
Las lágrimas prision de los discretos,
Y á los que no lo son, lazos tiranos,
Imprimiéron en él tanta clemencia,
Que casi se turbó la resistencia.

Descomponerse quiso la armonía
De las potencias con piadoso intento,
Mas á la voluntad, que se rendia,
Le dió la mano el cuerdo entendimiento:
Y díxole mas tierno que solia,
Con mas vivo dolor y sentimiento:
No permitas, Señora, que al partirme
Tú dexes de ser sol, yo ausente firme.

Ni yo partiera bien, ni tú quedaras,
Si amor á lo que puede nos rindiera,
Mas de verme partir te lastimaras,
Mas de verte quedar morir me viera:
Donde no tiene amor prendas tan caras,
Ni el alma teme, ni el temór espera:

Que donde quedan libres las memorias,
Ni sienten penas, ni imaginan glorias.

Mucho quisiera yo, si yo pudiera
Ser tuyo, ó sol, del sol efecto hermoso;
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,
Y fuera digno, como fui dichoso.
Bien sabes que Penélope me espera
Con fé de amante y lealtad de esposo:
Plugüiera á Dios que el alma dividida
Se pudiera partir como la vida.

Ay! le replica Circe lastimada
De tantas arrogancias y desprecios,
Amar un alma donde no es amada,
Mas es de desdichados, que de necios!
No harás, ingrato Ulises, tu jornada,
Si estiman Dioses los humanos precios,
Que yo con inauditos sacrificios,
Para tenerte, los tendré propicios.

Dexarte, dixo Ulises, despreciada
Fuera, habiendo engañado tu hermosura,
Yo siempre te serví desengañada
De aquesta voluntad honesta y pura:
Ingrata has sido tú, pues siendo amada
Con esta noble y grave compostura,
Dando lugar al exterior sentido,
Quieres amor que esté sujeto á olvido.

El que yo con el alma te prometo
Es amor inmortal, amor tan casto,
Que tiene al mismo cielo por objeto,

Como la tierra el que es amor incasto:
Es un amor tan cándido y perfeto,
Que en su virtud á defenderme basto
De tu hermosura humana, con que ha sido
Este divino amor encarecido.

Ya te conozco yo, Circe, responde,
Y conozco tambien vuestras verdades:
Todo es fácil, si amais, todo se esconde,
Todo, si no quereis, dificultades.
Esto, replica Ulises, corresponde
A las debidas del amor lealtades:
No puedo mas, permiteme, Señora.
Ver en el agua la primera aurora.

Por tu querido padre, así le veas
Medir los tiempos infinitos años,
Antes de ver las márgenes leteas,
Sin sentir los efectos de sus daños:
Por los silvestres Dioses, por las Deas,
Que habitan selvas, y refrescan baños,
Que nos dexes partir tras tanta guerra
De tierra y mar á nuestra amada sierra.

Lloraba el Griego venerable, y tanto
Movió de Circe el pecho, que le dixo:
No quiera, ó Capitan, Júpiter santo,
Que dure mas destierro tan prolixo:
Parte, y consuela de tu gente el llanto,
Advirtiendo primero que predixo
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,
Porque aun te faltan de sufrir algunas.

Para saberlas, y saber que estado
Tienen tus cosas, baxarás primero
Al Reyno de Pluton, dexando atado,
Hércules nuevo, el rígido Cerbero.
Tiresias finalmente consultado,
Dando licencia Radamanto fiero,
Te dirá los sucesos que te esperan,
Que yo quisiera que felices fueran.

Lloraba Ulises, viendo que faltaban
Mas penas que sufrir, mayores males,
Que ya mortales hombros no bastaban
Para oponerse á desventuras tales.
Enfin le preguntó, que pues baxaban
A tal lugar sin muerte los mortales,
Le dixese, por donde, ú de que modo:
Y ella amorosa le informó de todo.

Vistióse de oro y nácar, y un vestido
Dió á Ulises sobre azul de tersa plata:
Ella a la hermosa madre de Cupido,
Y él á Marte beligero retrata.
Ya suena la partida, ya el olvido
Los fuertes lazos del amor desata
A los alegres Griegos de los cuellos,
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.

Cubre de aljófar cándido rocío
Los claveles do Dórida llorando,
Como al primero albor líquido y frio
Se mira entre las hojas relumbrando.
¿En fin te vas, ingrato dueño mio?

A Antimaco le dice suspirando:
Y él respondió sin lengua á sus entijos,
Poniéndose las manos en los ojos.

Filida hermosa tiernamente asida
Del fuerte Palámedes, tambien llora;
Pero él tiene los ojos en Deifrida,
Que por Filemo de secreto adora.
Filemo que dió causa á la partida,
De zelos en ausencia se mejora:
Que donde para zelos no hay paciencia,
De los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto
A la que atada al mar en alta roca
Dió principio á sus perlas con su llanto,
Las de la playa á lágrimas provoca:
Neofile de Toante asiendo el manto,
Esmalta los corales de la boca
De los tiernos diamantes que corrian,
Por ver si el llanto y voz le detenan.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza
De Alexandro tambien Nisida bella,
Y si jamas la olvida, le amenaza
Con que Circe sabrá volver por ella:
Lisis á Timo dulcemente abraza,
Porque quedaba retratado en ella:
Que como temen que volver no puedan,
Algunos que se van, tambien se quedan.

Llora Antiflor, Polidamante siente
Con mas rigor la fuerza en la partida,

39**
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1623 MONTREALEY, MEXICO

Y Amarilis discreta tiernamente,
 No quiere que Partenio se despidá
 La Isla queda sola, Amor ausente
 Donde no ha de volver, dicen, que olvida:
 No soy testigo yo, que no se atreve
 Su fuego á penetrar mi helada nieve.

Tendida sobre el agua, entre alga y nea,
 Calafetean la olvidada nave.

A los árboles dan nueva librea,
 Y ya la estrena el céfiro suave:
 Ya grita la zamola, ya vocea,
 Ya siente el cano mar el peso grave,
 Ya suena mal conforme á las estrellas
 En ellos la alegría, el llanto en ellas.

Ara líquida sal la fuerte quilla
 Con los pinos y abetos de Tesalia,
 Ocupa con la aguja la alta silla
 Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
 No estaban una legua de la orilla,
 Quando apenas tocando la sandalia
 De Circe el agua, por la blanca espuma.
 Qual cisne pasa, sin mover la pluma.

Ata un cordero negro y una oveja
 A la mesana, y entre dientes habla;
 Temblando Ulises proseguir la dexa,
 Y ella sus rumbos mágicos entabla:
 Vuélvese al mar, y quanto mas se aleja,
 Mas vivos se descubren en la tabla
 Los caracteres roxos que escribía,
 Turbando esta tristeza su alegría.

Mas trabajos nos faltan, compañeros
 Ulises dice, no penseis que vamos
 Con velas y con remos tan ligeros
 A la querida patria que esperamos:
 Los Reynos de Pluton, los Reynos fieros
 De Radamanto y Minos conquistamos,
 Que consultar me manda mi destino
 El alma de Tiresias adivino.

Aquí todo placer prorrumpe en llanto,
 Y como van contentos y seguros
 De los trabajos que sufrieron tanto,
 Por los pasados lloran los futuros.
 Cerca una Isla con horrible espanto
 Helado el mar entre peñascos duros,
 De los fieros Cimerios habitada,
 Digna de tales hombres tal morada.

Siempre cubierta de tiniebla oscura,
 En negro horror caliginoso yace,
 Donde ni fuente cristalina y pura,
 Ni flor de buen olor produce y nace:
 Ni Filomela canta en su espesura,
 Ni brama toro, ni cordero paece:
 Húyela el sol, y apenas amanece,
 Quando se cubre el rostro y anochece.

A la diestra del Ponto está sentada,
 No lejos de su Bósforo, en la nieve,
 De quien eternamente coronada
 Frias el sol exálaciones bebe.
 Aquí llegó la nave descansada,

Que con soplo veloz céfiro mueve,
Y de cipreses lúgubres cubierto
Halló entre peñas por la costa el puerto.

Salтан en tierra Ulises el prudente,
Y el helicozo Palámedes, quando
Desde las puertas del rosado Oriente
Estaba el sol á Dafne contemplando.
Ulises á la Mágica obediente,
Con la espada beligerá cavando
La madre universal, al sacrificio
Previeñe el agua y el piadoso oficio.

Hecho á las sombras de los manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacíos,
Viéndose de la luz habitadores:
Luego buscó los infernales ríos,
En cuya márgen vió sierpes por flores,
Por árboles también espinos secos,
Y le diéron terror los tristes ecos.

Aquí donde lloró cantando Orfeo,
A quien las liras trágicas imitan,
Y templáron su pena en su deseo
Las almas, que en eterna noche habitan:
Privado ya del resplandor Febeo,
Sin que lugar las sombras le permitan
Llegó el astuto Ulises por un monte,
Que se mira, sin verse, en Aqueronte.

Desotra parte en una parda peña,
Que de cárdeno mohó le servía,

El tostado y nervioso cuerpo enseña
Fiero Caronte, que á dormir yacía:
De sucio lienzo túnica pequeña
Parte adornaba, y parte descubría,
La cana barba casi azul pendiente,
Con mil arrugas por la negra frente.

Culebra parda, quando al sol se enrosca,
Parece el fiero monstró, que al ruido
De humana planta tímida se embosca,
Así era el cuerpo infame, así el vestido:
Y así también por la corteza tosca
A círculos estaba dividido,
Mostrando tal fiereza el pardo vulto,
Como suele cadáver insepulto.

Intrépido le llama, y él desata
La horrible barca, á una cadena asida
De un seco tronco, y á los polos ata
Dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal, ni azotan plata,
Que la turbia corriente removida
En negras ondas encrespó las aguas,
Que templa el hierro á las ardientes fraguas.

Apénas en la márgen contrapuesta
Aborda y mira los valientes Griegos,
Quando les dice (y la partida presta,
Brotando llamas de los ojos ciegos)
¿Que presuncion? ¿Que libertad es esta,
Donde las amenazas, ni los ruegos

Tienen lugar? Volved, volved, humanos,
A la luz de los cielos soberanos.

Detente, le responde el eloquente
Duque de Grecia, ó gran Caronte, y mira,
Que la hija del sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,
No con soberbia y ánimo impaciente,
Como el esposo entró de Deianira,
Nos envia á saber futuros casos
Del gran Tiresias con humildes pasos:

Acosta el barco sin temor, que llevas
A Ulises y al valiente Palamédes,
No al gran Teseo, al Hércules de Tébas,
De quien ahora recelarte puedes.
Ya tengo, dixo, de vosotros nuevas:
Pues ¿por que, replicó, no me concedes
El paso libre al Tártaro profundo,
Si por desdichas peregrino el mundo?

Tengo, replica, en la memoria vivo
El duro estrago del Tebano fiero:
Rompió este muro eterno, y vengativo
Ató las tres gargantas del Cerbero,
Quiso robar á Proserpina altivo,
Y volverla otra vez al hemisfero
Que baña el sol, huyendo sus injurias
Las Euménides, Górgonas y Furias.

Valióse el Griego allí de su eloquencia,
Y tanto pudo, que acostó la barca,
Y despues de prolixa resistencia,

Donde almas embarcó, cuerpos embarca.
El peso siente el barco, y la licencia
Que no les dió la inexorable Parca,
Parte el viejo feroz, haciendo extremos:
Y mueve en los escálamos los remos.

Salta en la tierra Ulises, llega al muro
De rígido diamante, y al Cerbero,
Dió sueño con el rombo de un conjuro,
Que Circe sabia le enseñó primero:
Por negras sendas sobre hierro duro
Llegó al palacio del horrible y fiero
Amante de la bella Proserpina,
Y con humilde paz la frente inclina.

Era todo el palacio de un oscuro
Diamante, que no claro, fabricado
Dentro de un fuerte y inexpugnable muro,
De jaspero y negro pórfido labrado:
En un roxo sitial de bronce duro
Estaba el Rey flamigero sentado,
Con el hórrido cetro que gobierna
Sin tiempo y luz la confusión eterna.

Cercáronle los Manes infernales,
Por ver un cuerpo, y admirarle mudos,
Donde jamas tocáron pies mortales,
Sino solos espíritus desnudos:
Y viniéron las sombras desleales,
Que en vida fueron animales rudos,
A ver por novedad un casto ausente,
Que nuestra humana condicion desmiente.

Entre ellos mira el Griego á Clitemnestra,
 Y así le dice en lágrimas bañado:
 ¿Que fortuna tan mísera y siniestra,
 O Reyna, te ha traído á tal estado?
 Que si el castigo los delitos muestra,
 Graves deben de ser, pues no has pasado
 Al campo Elisio, en que descanso tiene
 Quien á los Reynos de la noche viene.

Ausente Agamenon, responde, ¡ay triste!
 La sombra en sangre y en dolor bañada,
 Con quien á Troya por Elena fuiste,
 Mi hermana, mas dichosa y mas culpada:
 La ausencia que muger tan mal resiste,
 Me dió ocasion de amar, de Egisto amada:
 Volvió mi esposo de la guerra, y luego
 La privacion de amor aumentó el fuego.

Matámosle los dos con esperanza
 De gozarnos mejor; pero creciendo
 Mi hijo Oréstes, que de Electra alcanza
 La vida, que yo andaba persiguiendo,
 Executó de suerte la venganza
 De Agamenon su padre, que volviendo
 Ya con adulta edad, nos dió la muerte:
 Dixo, y de sombra en ayre se convierte.

Ulises admirado del suceso
 Tembló el peligro de su ausente esposa,
 Que se debe temer qualquier suceso
 De ausencia larga, y de muger hermosa.
 Con este miedo en la memoria impreso

Pasó

Pasó temblando la ciudad fogosa,
 Hasta llegar al fiero Radamanto
 Juez del Reyno del eterno llanto.

Allí tuvo licencia, y libremente
 Fué mirando las almas inmortales,
 Que en privacion del sol eternamente
 Padecen penas á su culpa iguales.
 Vió la soberbia de ánimo impaciente
 Cercada de gigantes desiguales,
 Que haciendo al hombro de los montes alas
 Pusieron al celeste globo escalas.

No léjos vió tendido un nuevo Atlante,
 Y conociendo á Polifemo huyera,
 Si no viera ponérsele delante
 El fuerte vencedor de la Chimera:
 En pie se puso el bárbaro gigante,
 Diciendo: Espera, Ulises, Griego, espera,
 Vengaré la traicion que me traído
 Desde el Reyno del sol al del olvido.

No me mataras tú, si no truxeras
 El vino, que ya fué muerte de tantos,
 Para veneno de mis fuerzas fieras,
 Decreto oculto de los cielos santos.
 Polifemo, responde, si tuvieras
 En tu cueva piedad de nuestros llantos,
 Si fueras noble huésped, hoy gozaras
 De los rayos del sol las luces claras.

Tú tienes el castigo que merece
 Tu villano rigor inhospitable:

Tomo II,

40

Diciendo así, se aparta y desvanece
 Con un suspiro horrendo y miserable.
 La Ira luego en forma se aparece
 De un tirano feroz inexorable,
 Y cerca la Ambicion y la Codicia,
 La injusta Deslealtad y la Malicia.

La Desvergüenza vió con rostro infame,
 Y la Lisonja y Amistad fingida,
 Tan digna de que el mundo la desame
 Por perjury, engañosa y fementida.
 No hay aspid de la Libia que derrame
 Mayor veneno, ni la humana vida
 Tiene de que guardarse mas castigo,
 Que del engaño vil de un falso amigo.

El Amor desonesto, el Odio injusto
 Estaban juntos, siendo tan contrarios;
 La dormida Perez de robusto
 Cuerpo entre topos y animales varios:
 Los fieros Zelos con mortal disgusto,
 De la cobarde Ausencia tributarios:
 Que en vano el nombre imitan á los cielos,
 Si en el infierno han de vivir los zelos.

La ingratitud, que al mismo cielo asombra,
 La Ignorancia preciada de discreta,
 Lo que Servir ¡que extraño mal! se nombra,
 Y la Crueldad á la traicion sujeta:
 La fiera Envidia de los buenos sombra
 En figura de bárbaro Poeta,
 La Confianza, el Ocio y el Desprecio,
 La Gravedad de un poderoso necio.

Allí la melancólica Tristeza,
 A quien la muerte de su engaño avisa,
 Y la Necesidad con la Baxeza,
 Que á coces el honor deshace y pisa:
 Allí la Necedad con la Simpleza,
 Naturales del Reyno de la Risa,
 La Vanagloria vil, Pompa y Locura,
 Y el Juego, indigno de hora, en cárcel dura.

Con Miserable voz y compasiva
 Entre uno y otro anhélito y singulto
 Un espíritu vió, que se derriba
 De un pardo risco, donde estaba oculto.
 Detúvose la sombra fugitiva,
 Formando un blanco, aunque sangriento hulto,
 Y el corazon de Ulises, vivo apenas,
 Previno á horror el alma de las venas.

Qualquiera, ó fiero espíritu, que fuiste
 En el orbe luciente que habitaste,
 Ulises dixo, á que ocasion veniste,
 Que con tu propia sangre me bañaste?
 Palamédes, responde con voz triste,
 Que á tan horrible muerte condenaste,
 Palamédes soy yo, mas no el amigo
 Que al Reyno de Pluton viene contigo.

Quando por no dexar moza y hermosa
 Tu querida Penélope en Zacinto,
 Fingiste le locura cautelosa,
 Efecto vil de tu valor distinto:
 Viendo que Agamenon con imperiosa

Mano te daba término sucinto
 Para partir, yo descubrí tu engaño,
 Y á Troya te lleváron por mi daño.
 Airado tú despues, que me escribia
 Con Priamo dixiste, y afirmabas
 Que á Agamenon y á Menelao vendia,
 Con la fingida carta que mostrabas:
 Con esto y tu eloqüencia, que podia
 Persuadir quantas cosas intentabas,
 Con piedras me dan muerte, y me sepultan,
 Mi error publican, y tu infamia ocultan.

Mas yo pienso que estoy de tí vengado
 En los grandes trabajos que has sufrido,
 Sin los que esperas de Neptano airado,
 Por la muerte del Cíclope ofendido.
 Tú, Palamédes, ménos desdichado,
 Y á mí solo en el nombre parecido,
 Huye de su amistad, que en muchos años
 Tendrás por grande amor grandes engaños.

Por tí, responde Ulises, Palamédes,
 Por tí me veo en tanta desventura,
 Si no lo estás de mí, vengarte puedes
 En que tiene Penélope hermosura:
 Pero en quejarte la razon excedes,
 Pues contra la amistad sincera y pura
 Descubriste el secreto que sabias,
 Causa fatal de las desdichas mias.

En estos monstruos ocupado estaba
 El astuto eloqüente peregrino,

Quando sabiendo ya que le buscaba
 El alma sabia de Tiresias, vino:
 O tú, le dixo, sin Hércúlea clava,
 Sin escudo de Marte diamantino,
 Transgresor de las leyes infernales,
 ¿Como pisas los Tártaros umbrales?

¿Que me quieres á mí, que no tenia
 De hablar con hombre vivo pensamiento?
 ¿Que privilegios tienes? ¿Quien te envia,
 Exceso del mortal atrevimiento?
 O Tiresias, le dixe. ¿quien podia
 Venir á tal lugar sin fundamento?
 Deidad me envia, que movió mis pasos
 Para saber de tí futuros casos.

Yo soy Ulises, hijo de Anticlea
 Y del viejo Láertes, que el estrago
 De Troya me conduce, donde vea
 Las negras sombras del Estigio lago,
 Entre Italia y el golfo de Malea,
 Entre el Cimerio Bósforo y Cartago
 Pasé grandes fortunas: ¿Mas que digo
 Tan olvidado de que estoy contigo?

Circe me envia, Circe, aquella hermosa
 Hija del sol, responde al ruego suyo,
 Movida de mi mal, alma piadosa,
 Que estoy pendiente del remedio tuyo.
 La mar, le respondió, la mar quejosa,
 A quien tus desventuras atribuyo,

Contraria al fin de tu esperanza temo,
Porque diste la muerte á Polifemo.

Mataste, Griego, al hijo de Neptuno,
Sagrado Emperador del Oceano,
¿ Como te puede dar favor alguno,
Mientras habitas por su imperio cano?
Con sacrificios á la Diosa Juno
Pide favor que no serán en vano:
Ella te llevará, mas tarde creo,
Al término que tiene tu deseo.

Zelosa Circe de la hermosa Scila
Vertió veneno en una pura fuente,
Que el Lilibeo Siculo destila,
Y bañóse una siesta en su corriente:
De suerte entre las aguas se aniquila,
Que solo desde el pecho hasta la frente
Quedó muger, que lo demás es fama,
Que en pez ligero se vistió de escama.

Por esta has de pasar, temiendo enfrente
De la voraz Caribdis el veneno,
A quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar Tirreno.
Primero que vengado se contente
El fundador de Troya de ira lleno,
Para gozar la patria que deseas,
Las Sirenas verás Partenopeas.

La Isla Ogigia entre los mares yace
Fenicio y Sirio, allí Calipo vive,
Allí sus rombos y conjuros hace,

Y en la hermana del sol letras escribe.
Siete veces verás que en Aries nace,
Y que la blanca plata le recibe
De los peces del Eufrates, en tanto
Que te detiene con su dulce canto.

Istmos, Islas, Penínsulas y rocas
Varias verás entre las ondas fieras,
Monstruos marinos, cetos, altas focas,
Antes de ver las Itacas riberas:
Pero todas serán desdichas poetas,
Quando llegues á ver el bien que esperas,
Y tu muger con alma compasiva
Entre sus castos brazos te reciba.

Ella te aguarda aunque deshecha y triste
De tu ausencia, y de ver tantos amantes,
Que dos años despues que á Troya fuiste
La sirven y pretenden arrogantes:
Con ingeniosa castidad resiste,
Con esperanzas firmes y constantes,
Su loco amor: que es alta resistencia
En pecho de muger, y en tanta ausencia.

De rendir su constancia á su porfía
Para el fin de una tela dió palabra:
Mas deshace de noche quanto el día
De oro y varias colores texe y labra.
Al hermoso Telémaco, que cria,
Le obliga siempre á que los ojos abra,
Para ver tu valor, y con recato
Le provoca y enseña tu retrato.

El jóven como el águila le mira,
 Sin perturbarle el sol, y á la venganza,
 Si tardas tú, con arrogancia aspira,
 Que ya sabe empuñar espada y lanza:
 En el fuerte bridon el vulgo admira,
 De tus vasallos única esperanza,
 Que en tantas desventuras quiere el cielo,
 Que estas nuevas te sirvan de consuelo.

Este amor debes á tu casta esposa:
 No vence su firmeza la distancia;
 Mira que has de volver á Circe hermosa,
 Guárdate de ofender tanta constancia.
 Con esto queda en paz, que la forzosa
 Ley deste centro á mi perpetua estancia,
 Volver me manda, tú la lumbre pura
 Goza del sol, y yo la noche oscura.

Dixo, y volviendo Ulises á la barca,
 Si bien en tiernas lágrimas bañado,
 Del vil Caronte, que á los dos embarca
 De verlos tan pacíficos templado:
 En la opuesta ribera desembarca,
 Y vuelve al puerto, donde ya turbado
 Lloraba su esquadron su larga ausencia:
 Que no sabe el amor tener paciencia.

Con esto al mar el Capitan se alarga,
 Vira dice el piloto, y todos vira,
 Donde con mano impetuosa y larga
 El blando viento los trinquetes gira:

Ya siente el mar undisóno la carga,
 Y del peso parece que suspira;
 Ya llegan donde Circe los recibe,
 Que aun tiene amor, y en esperanzas vive.

Vos honor de las letras, vos Mecénas,
 Aliento de las Musas que espiraba,
 Por quien están de aplauso y gloria llenas,
 Quando sin voz, quando sin alma estaban;
 En tanto que la sangre de mis venas
 Los elementos de mi vida acaban,
 Seréis mi sol, sin que otra luz alguna
 Respete en sus tinieblas mi fortuna.

Fin del Tomo Segundo.